

**JESÚS DE NAZARETH, UN PARADIGMA FRENTE A LA RUPTURA DE LAS
RELACIONES INTERPERSONALES EN NUESTROS DÍAS**

Juan Darío Castaño Orrego

**Tutor
Dr. Hernán Yesid Rivera Roberto**



Artículo para obtener el título de Teóloga Profesional

**Universidad Santo Tomás
Facultad de Teología
Bogotá
2020**

Jesús de Nazareth, un paradigma frente a la ruptura de las relaciones interpersonales en nuestros días

Juan Darío Castaño Orrego¹

Resumen

Los siguientes apuntes buscan poner de manifiesto la deshumanización de las relaciones interpersonales por cuenta del sistema económico capitalista injusto, que instrumentaliza al ser humano, convirtiéndolo en bien de consumo; esto se hará en un primer momento haciendo eco de las voces de dos importante estudiosos de esta realidad como lo son *Gilles Lipovetsky* y *Sygmunt Bauman*. Y en un segundo momento se expondrá la propuesta de Jesús de Nazareth sobre las relaciones humanas, revelada en los evangelios y así poder confirmar si dicha propuesta puede convertirse en un paradigma que humaniza o recupera la dignidad de la persona humana.

Palabras clave: relaciones interpersonales, deshumanización, sistema económico capitalista injusto, individualismo, consumo.

Abstract

The following notes pretend to highlight the dehumanization in the relationships, on behalf of the unfair capitalist economic system, which objectifies the human being, becoming it, into an expendable commodity; It will be done, at the first time, having to sound the voices of two important studied people about this reality, as they are Gilles Lipovetsky and Sygmunt Bauman. And at a second part, It will be presented, the proposal of Jesús de Nazareth about human relationships, revealed in the gospels, and in this way to confirm, if that proposal could become in a paradigm which humanizes or regain the dignity of the human person.

Keywords: relationships, dehumanization, unfair capitalist economic system, individualism, consumption.

¹ Este artículo de investigación es realizado por el autor como requisito para optar por el título de Teólogo

Introducción

Un componente fundamental de la vida cristiana es la dimensión comunitaria o el de la existencia en relación con los demás. El creyente cristiano ha de vivir y celebrar su fe no sólo desde el ámbito personal, sino también dentro de una comunidad, especialmente si se tiene en cuenta que las relaciones interpersonales son una realidad transversal a toda la existencia humana; desde un amplio entramado de interdependencia, hasta el propio reconocimiento a través de la existencia del otro. En las relaciones que se establecen con los demás hay correspondencia, ya que diariamente cada persona requiere de los demás, y de aquello que hacen o realizan para suplir sus necesidades o para generar reconocimiento, pues, es gracias a la existencia de otros, que una persona puede reconocerse y autoafirmarse como un ser humano (Thiebaut, 2008, p. 161).

No obstante, aunque el principio de interrelación humana es común a las sociedades, lo injusto del actual modelo socioeconómico mundial, que estimula principalmente el consumo a gran escala, ha transformado la manera en que el ser humano interactúa y se interrelaciona con sus congéneres, y ha instrumentalizado tales relaciones, a tal punto que sus intereses se han direccionado a la consecución de bienes de orden meramente subjetivo, lo cual a su vez ha cambiado la manera en que las relaciones interpersonales son asumidas, ya no como trato entre semejantes, sino como relaciones entre sujetos regidos por un sistema socioeconómico, que motiva a la competencia desleal, al individualismo, y al principio de «supervivencia del más fuerte» o del «¡sálvese quien pueda!».

Precisamente en este contexto, el Papa Francisco, actual líder y pastor de la Iglesia Católica en el mundo, en su encíclica *Evangelii gaudium*, exhorta a las comunidades creyentes a hacer una lectura de los signos de los tiempos y así poder esclarecer aquellos procesos que pueden deshumanizar y que van en contra del proyecto de Dios, provocando una sentida afección a la dignidad humana. En la encíclica, el Papa señala algunos desafíos que el mundo actual, le plantea a los creyentes, dentro de ellos el sistema socioeconómico injusto que produce exclusión y una separación creciente entre los países ricos y los países pobres. Al respecto dice el Papa:

[En este sistema] se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión,

sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes». (Francisco, 2013).

Teniendo en cuenta lo dicho hasta ahora, el presente artículo pretende reflexionar justamente sobre desafíos como el que indica el actual Obispo de Roma, en el ambiente de un injusto sistema socioeconómico mundial. Se trata entonces, de situaciones actuales que, por cierto, pensadores como *Gilles Lipovetsky* y *Sygmunt Bauman* han denunciado también, en sus obras “*La era del vacío*” y “*Vida de consumo*”, respectivamente. En este sentido, la intención principal de este documento es reflexionar en torno a la manera en que las lógicas aplicadas por la actual economía capitalista del híper consumo, son también aplicadas a las relaciones interpersonales, provocando la deshumanización del trato entre semejantes, haciendo que los seres humanos se relacionen los unos con los otros principalmente para la satisfacción de sus deseos e intereses personales, o de sus aparentes necesidades, comportándose y actuando como «caníbales de última generación».

Por lo anterior, desde la vivencia de fe cristiana es necesario y pertinente plantear la pregunta sobre qué se podría hoy expresar al respecto, sustentados en las «Buena Nueva» del Evangelio, es decir, si la propuesta de Jesús de Nazareth, sus dichos y sus hechos, los cuales están consignados en los evangelios, tienen algo que decir y pueden incluso ser una respuesta actual, de cara a los efectos producidos por el injusto sistema socioeconómico en las relaciones interpersonales, y si, a su vez, dicha propuesta contiene acciones prácticas respecto a la humanización o recuperación de la dignidad humana.

Para abordar tales interrogantes en el presente artículo, se desarrollará en primer lugar, un análisis de la situación- problema ya antes reseñada, desde la perspectiva de pensadores como *Lipovetsky* y *Bauman* quienes desde sus disciplinas y áreas de conocimiento pueden enriquecer y ayudarnos a iluminar esta reflexión. En segundo lugar, serán abordadas algunas de las situaciones y el ambiente vital que experimentó Jesús de Nazareth en su vida pública, dentro de ellos, la situación socio-económica, cultural, religiosa y política de su tiempo, así como la postura que él asumió frente a dichas situaciones.

Para lograr una aproximación a este respecto, serán tomadas en cuenta algunas ideas y narraciones consignadas en los evangelios, así como la reflexión teológica de algunos pensadores cristianos contemporáneos como Edward Schillebeeckx, Felicísimo Martínez Díez y Jesús Espeja. Finalmente, partiendo de la idea de que el mensaje de Jesús, a través de sus dichos y acciones pueden contribuir en la búsqueda de respuestas respecto de la influencia ejercida por el sistema económico capitalista y el menoscabo de las relaciones inter-personales que dicho sistema trae como consecuencia, se realizará una comparación entre la postura de Lipovetsky y Bauman, y los aportes de Jesús, que además, son reflexionados por los teólogos antes mencionados.

1. El impacto del sistema socioeconómico capitalista injusto en las relaciones interpersonales

Los efectos del modelo socioeconómico capitalista no se circunscriben de manera exclusiva al cambio de un sistema económico rural basado en la agricultura y el comercio a pequeña escala, a un sistema urbano basado en la mecanización, la producción en serie y la comercialización a gran escala. El modelo socioeconómico capitalista trae consigo el consumo acelerado de bienes y servicios y genera en las personas un fuerte deseo por crear nuevas “necesidades” antes no consideradas. Estos dos efectos unidos permiten la sostenibilidad del proyecto productor. Así lo expresa Gilles Lipovetsky (2016) en su libro *De la ligereza*:

El universo consumista se presenta como una especie de fiesta lujosa que, negando la escasez entona encendidos cánticos a los placeres de los sentidos y a la infinitud de las diversiones. La publicidad, las revistas, los escaparates resplandecientes, el empleo del ocio, todo invita a desear, a vivir con inmediatez «sin pensar»: Disfruten, ya pagarán después; olvídense de todo y viajen con *Club Med*. El hiperconsumo se realiza bajo el signo de la abundancia feliz, de la ligereza despreocupada. (p. 57).

Por otra parte, el sistema socioeconómico actual ha producido también cambios sociales significativos, como lo son, la imposición de las mismas lógicas de consumo en las relaciones interpersonales, de tal manera que se privilegia el asocio entre los seres humanos a través de la

necesidad, como sujetos productores y consumidores, y promueve dentro de estas mismas lógicas el uso y descarte de las cosas (Francisco, 2013).

En su famosa obra “Ciudades invisibles”, Ítalo Calvino ilustra de una forma elocuente esta realidad. Calvino (1999) habla sobre una ciudad llamada *Leonia* y la describe como una ciudad en la que sus habitantes se levantan cada mañana gozando de la novedad de todas aquellas cosas que les permiten rehacerse, pero su verdadera opulencia dice el escritor, radica en el descarte de cosas que abren paso para recibir las nuevas, y esto sucede a tal punto, “[...] que uno se pregunta si la verdadera pasión de *Leonia* es en realidad, como dicen, gozar de las cosas nuevas y diferentes, y no más bien el expeler, alejar de sí, purgarse de una recurrente impureza” (p.50). El elemento concluyente del estado de esta ciudad invisible es que en cuanto más cosas descarta, más acumula y se torna un ejercicio obsesivo, casi que obligatorio, para poder vivir en una ciudad con tales dinámicas.

Esta lógica elocuentemente metaforizada por Calvino, puede ser analogada a la situación actual de las relaciones interpersonales en nuestra sociedad, y a la manera en que el sistema socioeconómico hace que dichas relaciones se lleven a cabo, de tal forma que ese acto compulsivo por acumular y expeler en *Leonia*, refleja no sólo una conducta humana individual y aislada, sino todo un injusto sistema socioeconómico de carácter capitalista, el cual aprisiona y persuade a las personas a creer que el mejor, e incluso, único modo de hallar “bienestar” y felicidad, es adquiriendo, atesorando y acumulando bienes materiales, y mostrándolos a los demás como un “trofeo”. En este sentido, el léxico o las acciones que se usan para las relaciones con los objetos son las mismas que se utilizan para las relaciones e interacción con las personas. Las personas aprenden a utilizar, alejarse o desechar cosas, objetos y a los demás, como tal ligereza, que todo puede ser descartable, llevando consigo el interés absoluto por el subjetivismo o la vida “privada” y el desinterés por el prójimo, su situación, existencia y sus condiciones de vida.

1.1. Lipovetsky: Los efectos de una sociedad narcisista

La sociedad de este nuevo período de la historia humana, inducido por el híper-consumo es denominada por Gilles Lipovetsky (2008), en su obra “La era del vacío”, como una sociedad narcisista. Nombrada así, teniendo en cuenta que, según este filósofo y sociólogo francés, cada

generación busca semejanza con alguna figura mitológica con quien pueda identificarse. Al respecto indica el autor: que a cada generación le gusta reconocerse “[...] en una figura mitológica o legendaria que reinterpreta en función de los problemas del momento: Edipo como emblema universal, Prometeo, Fausto o Sísifo como espejos de la condición moderna. Hoy Narciso es [...] el símbolo de nuestro tiempo” (p. 49). Frente a esto, según Lipovetsky (2008), nuestra sociedad, en particular, revela

[...] un nuevo estadio del individualismo [es decir, el narcisismo que] designa el surgimiento de un perfil inédito del individuo en sus relaciones con él mismo y su cuerpo, con los demás, el mundo y el tiempo, en el momento en que el capitalismo autoritario cede el paso a un capitalismo hedonista y permisivo... , desprovisto de los últimos valores sociales y morales que coexistían aún en el reino glorioso del *homo economicus*, de la familia, de la revolución y del arte; emancipada de cualquier marco trascendental, la propia esfera privada cambia de sentido, expuesta como está únicamente a los deseos cambiantes de los individuos” (p. 50).

En esta nueva era imperan los apetitos rapaces, los deseos egoístas de auto-satisfacción, pero sobre todo, los cambios acelerados y persistentes de las modas, ondas o tendencias que hunden al ser humano en una frustrante insatisfacción; o en una profunda indiferencia, ya que se está lo suficientemente ocupado en velar por el propio bienestar, que no hay tiempo para atender al bienestar y a las situaciones del otro. El teólogo alemán *Jürgen Moltmann* en su libro *La justicia crea futuro. Política de paz y ética de la creación en un mundo amenazado*, denuncia en su primer capítulo, el individualismo que ha producido la sociedad al desear su propia libertad al punto de desinteresarse plenamente del otro. El resultado de todo esto, según señala Moltmann (1992), es:

[...] una sociedad de oportunistas en la que cada vez es mayor el número de personas que se ven arrojadas a los márgenes o a los estratos inferiores. La ideología según la cual «nunca hay bastante para todos» hace de los humanos unos seres solitarios y aislados, privándoles de sus relaciones con los demás y ocasionándoles la muerte social (p. 20).

El famoso *slogan* que reza «no hay bastante para todos» es el que ha producido ciudadanos de “primera” y “segunda” categoría, y cuya distinción se da por la capacidad de tener, adquirir y poseer los bienes que el mercado propone, además de la lucha individual de parte de aquellos que son ubicados en esa “segunda” categoría, para migrar a la primera, y esto a costa de lo que sea, incluso violando los aspectos de carácter ético.

Por otra parte, Lipovetsky (2008) atribuye la situación de indiferencia e individualismo en el ser humano, a la revolución de los medios masificados de comunicación, ya que ellos serían los grandes responsables o al menos uno de los responsables de dicha actitud humana. De manera especial debido a la rapidez o inmediatez con que en la actualidad fluyen las comunicaciones, lo cual por una parte, impide que el ser humano mantenga una emoción por tiempo prolongado o pueda reflexionar pausadamente sobre lo que ve u oye, y por otra parte, provoca al mismo tiempo una cierta conformidad con la realidad, a tal punto que “[...] las grandes catástrofes o crisis cuidadosamente presentadas y descritas por los medios, despiertan cierta apatía frívola por los demás” (p. 52).

Otra importante característica de la sociedad narcisista señalada por Lipovetsky (2008) es la relación inédita del ser humano en la historia con su propio cuerpo, pues reemplaza la alteridad del otro por el supremo valor de la identidad, lo cual exige una “[...] lucha sin cuartel contra su obsolencia, [o] combatir los signos de su degradación por medio de un reciclaje permanente quirúrgico, deportivo, dietético, etc.: la decrepitud física se ha convertido en una infancia” (p. 61). Esta situación ha generado un estrecho compromiso con la autoimagen, y junto con ello también el debilitamiento de la capacidad del ser humano para sumergirse en la vida social y hacer de sus relaciones un ejercicio más natural y profundo. Al parecer la sociedad narcisista que direcciona su vida hacia en un interés superlativo por el cuerpo y su óptima funcionalidad, logra dismantelar las resistencias tradicionales como la aceptación de la apariencia física y convierte al cuerpo en un terreno abierto para cualquier tipo de experimentación.

Lipovetsky (2008), citando la obra de Richard Sennet, *Las Tiranías de la intimidad*, denomina a la erosión de los papeles sociales como la «condena moral de la impersonalidad», en la que “[...] se inicia el reino de la personalidad, la cultura psicomórfica y la obsesión moderna del Yo, en su deseo de revelar su ser verdadero y auténtico.” (p. 64). Este apasionamiento por el descubrimiento del “Yo” se ve reflejado, afirma Lipovetsky, en la proliferación de

“autobiografías” y en el intento de cada sujeto “[...] por liberarse de los códigos y costumbres en busca de una verdad personal [y] generando que sus relaciones se hagan fraticidas y asociales”. (p. 65). Estos fenómenos son el producto de la ya antes mencionada desaparición progresiva de los roles públicos o papeles sociales, además del estímulo de la autenticidad, lo que a su vez ha generado un tipo de incivismo que se evidencia a través de la repulsión a las relaciones anónimas con los no-conocidos en la urbe y el posterior retorno al círculo más personal; dando como resultado la exclusión o descarte de los semejantes, cada vez con mayor énfasis, o del escapismo del ser humano de un trato personal y directo con los demás.

Otras características de la sociedad narcisista mencionadas por Lipovetsky (2008) son: la renuncia a la militancia religiosa y a todo aquello que sea estático a través del tiempo por ir tras la vinculación a todo aquello que sea cíclico; el vaivén a que está sujeto el ser humano respecto a las modas y tendencias, pues, está demasiado ocupado en sí mismo y en sus afanes de producción, siendo su carácter ciertamente fluctuante; la competencia, la rivalidad y la manipulación que reinan en el mundo económico, generan que se desee más el ser envidiado que respetado: por ejemplo, si se aspira a algún ascenso, se deberá usar cualquier medio para alcanzarlo, desde el cortejo o las influencias de terceros, hasta la intimidación; por este motivo, las relaciones inter-personales se han convertido en relaciones de dominio (p.67-68).

A esta característica enunciada a grandes rasgos, hay que agregar también un aspecto importante que se constituye en una radiografía de la realidad social de la era narcisista, es decir, el culto a las celebridades del mundo del espectáculo. Se trata de un fenómeno estimulado por los medios masivos de comunicación ha provocado que dichos personajes se conviertan en modelos a los que se aspira y a los que se pretende emular por identificación; sin embargo, ellas no están exentas de las mismas lógicas del hiper-consumo, del uso y descarte, pues no hay “fan” que dure cien años, ni celebridad que lo resista. (Lipovetsky, 2008, p. 73)

1.2. Bauman: Daños colaterales del sistema socioeconómico capitalista injusto en las relaciones interpersonales

El sociólogo y filósofo Zygmund Bauman, en su obra *Vida de Consumo*, denuncia los daños colaterales que ha provocado el consumismo en las sociedades industrializadas, mecanizadas, sistematizadas y mercantilizadas en su categorización de la población. Por ejemplo,

denominaciones tales como “clase trabajadora”, la cual poseía un rol de aportación para la población y a su vez recibía una retribución por dicha aportación, han ido transformándose en su comprensión, y junto a esta denominación, toda la jerarquización de clases. En nuestros días el sistema socioeconómico capitalista injusto ha provocado un nuevo estrato o categoría social, que Bauman (2007) denomina “la infraclase” (p. 169), la cual se refiere a un grupo de personas que han sido descartadas y separadas de las clases sociales tradicionales por no cumplir con los estándares por ellas exigidas: gente que carece de un rol asignado, de un bajo nivel académico o con pocas posibilidades de adquisición de bienes, y que por ende, no proporcionan a los demás un aporte.

Esta situación es impulsada por una sociedad excluyente que se auto-atribuye la soberanía de determinar qué tipo de personas pueden hacer parte de dicha jerarquía. Dicha categorización particularizada por Bauman incluye a pobres que abandonan la escuela, madres solteras en vacancia laboral, alcohólicos, inmigrantes ilegales y hasta delincuentes callejeros. Estas personas son para la sociedad de consumo, inútiles que incomodan y no producen frutos representativos, y como el principal estándar de medición es justamente el valor de cambio, está claro que ellas no tienen valoración alguna en el mercado. Por este motivo, dichas personas son denominadas por Bauman (2007) los «consumidores fallidos», es decir, aquellos que no son comercializables, que tienen la incapacidad de adquirir el estatus de producto tan exigido por la sociedad de consumo.

De esta manera, lecturas de la realidad social como estas, desentrañan el pensamiento epistemológico tras las políticas de muchos Estados a la hora de enfrentar ciertas problemáticas de carácter social, por ello para algunos es fiscalmente más viable mantener a este tipo de población excluida o al menos al margen de los intereses estatales, reduciendo la asistencia social, la cual considera recursos mal invertidos pues no darán el fruto deseado (Bauman, 2007, p. 179-181).

Por otra parte, Bauman (2005) en su obra *Amor Líquido*, señala que otro efecto del sistema socioeconómico en las relaciones interpersonales es el de las relaciones fugaces, mediadas por la necesidad o por la utilidad. Según este sociólogo, el actual sistema invita a las personas a “[...] establecer «relaciones de bolsillo», que «se pueden sacar en caso de necesidad», pero que también pueden volver a sepultarse en las profundidades del bolsillo cuando ya no son necesarias” (p. 10). De esta manera, la reflexión crítica que Bauman expone, revela un nuevo

síntoma en el ser humano contemporáneo, esto es, el síntoma de las relaciones humanas superficiales, que se debaten entre la gratificación y el temor; gratificación porque facilita algún tipo de satisfacción y temor porque se huye de la dependencia que pueda reducir su autonomía, beneficio atribuido a la soltería. La superficialidad genera un intenso deseo por recibir todos los bienes de una relación interpersonal, sin tener por ello que asumir compromisos serios, exigencias o requerimientos propios de una relación bilateral de pareja. En oposición a las relaciones cercanas, mutuas y de compromisos asumidos, el actual síntoma de la superficialidad se presenta como una actitud desprovista de interés por el otro o de servicio por el bien-estar del otro; más bien es la ocupación fundamental de los intereses personales y la satisfacción de los mismos.

Un ejemplo actual de lo antes expuesto, se hace evidente en las diversas formas que los seres humanos han creado para entrar en contacto y relacionarse unos con otros, gracias a los avances tecnológicos de los medios de comunicación. De esta manera, para muchas personas hay un mayor interés y una mayor preferencia de sitios web para encuentros casuales o portales virtuales para citas, como es el caso de *Tinder*, *Badoo*, *Match*, entre otros. Todos estos portales y aplicaciones virtuales proponen establecer relaciones desde la orilla de los propios intereses, para lo cual se diseñan algoritmos que, a través de criterios de búsqueda, permiten seleccionar a aquellas personas en quienes encuentran mayor afinidad en los gustos, desafíos, retos, fobias o fantasías; además, se le da al usuario la facultad de ir separando a aquellas personas que le atraen de las que no, usando como elemento de juicio las fotos de los perfiles que cada usuario agrega para su identificación. Cabe señalar aquí que muchos de los visitantes frecuentes de este tipo de portales web o de los constantes usuarios de dichas aplicaciones, no tienen la pretensión de afianzar una relación duradera, por el contrario, ellos buscan establecer contacto inmediato y fugaz con otras personas, sin que ello les implique compromiso alguno, y mucho menos el establecimiento de una relación sentimental permanente.

Esta nueva onda tecnológica revela el carácter superficial de las relaciones contemporáneas, las cuales son susceptibles de “agregar”, “bloquear” o “eliminar” en segundos, a través de un sencillo “click”; relaciones que están fundamentadas principalmente en la apariencia, y en las cuales, lo aparente (el físico, el perfil, los gustos materiales, la forma de vestir), se convierte en criterio cuasi absoluto para la elección de a quien se quiere contactar. Al respecto, en una entrevista para la revista *Babelia*, en enero de 2016, el periodista Ricardo de

Querol le preguntó a *Bauman* acerca de su opinión sobre el uso de las redes sociales y si éstas realmente se han venido constituyendo en el nuevo “opio del pueblo”; a lo cual respondió el sociólogo polaco, que, si bien, las redes sociales han intentado crear comunidades, está claro que estas no son más que un “sustituto” de la comunidad. El punto diferenciador entre comunidad y red, según *Bauman* es que “tú perteneces a la comunidad pero la red te pertenece a ti” y esto tiene como consecuencias la posibilidad de añadir o descartar amigos según el criterio particular, para lo cual “no necesitas habilidades sociales” (Querol, 2016). Dichas habilidades, afirma *Bauman*, se desarrollan en las actividades cotidianas de la vida. Se trata de la, por él denominada, “interacción razonable”, puesto que es allí donde se tienen que resolver situaciones reales, enfrentar dificultades y por supuesto hay que involucrarse en un diálogo.

La entrevista realizada por De Querol (2016), concluye con una interesante y tal vez inesperada intervención de *Bauman*, en la cual, el sociólogo hizo mención de la primera entrevista que concedió el Papa Francisco, al iniciar su Pontificado. Si bien se trataba de una entrevista realizada por un periodista italiano, auto denominado ateo, el Papa aceptó gustoso esta invitación, pues, consideró que tratándose de una persona con estas características, la entrevista sería un gran signo mediante el cual se puede hacer visible que, “el diálogo real no es hablar con la gente que piensa lo mismo que tú” (Querol, 2016). Esto, según *Bauman*, es justamente la gran debilidad y carencia que tienen las redes sociales: ellas “no enseñan a dialogar”, “no amplían los horizontes”; y aunque ellas prestan servicios placenteros, son una trampa para el ser humano que hace uso de ellas (Querol, 2016).

Adicionalmente, en otro apartado de su obra “Amor Líquido”, *Bauman* (2003) señala en torno al daño colateral que producen las relaciones superficiales, que,

[a]l igual que otros productos, la relación es para consumo inmediato (no requiere una preparación adicional ni prolongada) y para uso único, “sin perjuicios”. Primordial y fundamentalmente, es descartable. Si resultan defectuosos o no son “plenamente satisfactorios”, los productos pueden cambiarse por otros, que se suponen más satisfactorios [...] ¿Acaso hay una razón para que las relaciones de pareja sean una excepción a la regla? (p. 83).

Es así, que las relaciones no se escapan de las mismas lógicas consumistas. Empezar hoy la aventura de una relación sentimental, significa estar listo para probar, comparar, examinar con detalle y determinar si es lo suficientemente satisfactoria o no, de tal manera que, al igual que cualquier otro producto del mercado, si no satisface las necesidades del cliente, es factible de devolución, para continuar con la búsqueda casi interminable de aquella supuesta relación que sí cumpla con las expectativas y requisitos previamente establecidos por el oferente. Y si, por casualidad, la relación ha sido gratificante, no necesariamente tiene que ser de carácter permanente, porque al igual que el mercado de consumo, de la compra y la venta, es posible que aparezca otra persona que pueda otorgar una relación con beneficios mayores que la relación anterior; así como sucede, por ejemplo, con el uso y desuso de los aparatos telefónicos móviles, las *tablets* o televisores en la actualidad: pueden estar funcionando bien, pero si aparecen otros de última generación, es muy probable que los que se poseen en la actualidad, vayan a engrosar la montaña de desechos, pues se han cambiado por los más recientes.

En este orden de ideas, podemos decir que esa analogía de lo fácilmente intercambiable o descartable se aplica también al caso de las relaciones sentimentales de pareja. En las últimas décadas las cifras de separaciones y divorcios ha ido cada vez más en aumento, pues, los compromisos son a corto plazo y los sentimientos se transforman rápidamente en las relaciones, se pasa de un amor estable a un amor líquido, fluctuante, inerte. Solamente en Colombia, según el sitio web de la revista Dinero del 20 de abril de 2017, los divorcios han aumentado un 39% desde el 2014, lo que indica que por cada tres parejas que se casan, una se divorcia, y aunque no existe un patrón genérico causal de este fenómeno, sí se puede afirmar que en la mayoría de estas situaciones de crisis que viven las parejas, nuevas relaciones sentimentales o románticas reemplazan rápidamente a las anteriores. Así las cosas, el uso y descarte promovidos por la economía de consumo tienen total vigencia en la actualidad. Esta situación afecta no sólo la relación de las personas con las “cosas”, desde las lógicas de la sociedad del bien-estar, sino también y, sobre todo, la manera en que el ser humano se relaciona con sus semejantes, es decir, a la manera en que como se acerca a ellos, los comprende, los acepta o los rechaza, y las dinámicas que articulan dichas relaciones.

2. Jesús de Nazareth frente a las relaciones interpersonales

Las reflexiones que tanto *Bauman* como *Lipovetsky* hacen sobre los efectos que el modelo socioeconómico capitalista injusto produce en las relaciones interpersonales, arrojan un diagnóstico poco alentador sobre el rumbo y horizonte hacia los cuales tiende la humanidad. Tales reflexiones interpelan a la fe y vida cristiana de cada creyente, pues, fundamentados en las enseñanzas y predicación de Jesús de Nazareth, los cristianos debemos tomar una decidida actitud de resistencia frente a todo aquello que deshumaniza y que violenta la dignidad de los seres humanos. Por esta razón, en esta segunda parte se plantea una reflexión desde nuestra fe cristiana, teniendo en cuenta a Jesús de Nazareth y su mensaje, ya que iluminan la propuesta de una postura de resistencia y oposición, que el creyente debe tener ante los efectos deshumanizantes producidos por el actual sistema socioeconómico capitalista injusto.

La persona de Jesús continúa siendo un paradigma y ejemplo de vida, experiencia de fe y amor, para el ser humano contemporáneo, y su mensaje tiene total vigencia y pertinencia. La forma en que Jesús se relacionó con las personas de su tiempo, nos brinda un testimonio auténtico sobre la manera en que se debe buscar permanentemente una vida digna, feliz y en apertura a las relaciones de hermandad con el prójimo. Pero, ¿cómo entender esa vida digna y feliz, que tanto se desea? El dominico español *Felicísimo Martínez*, en su obra *Creer en el ser humano*, aborda la categoría «calidad de vida», o del «vivir humanamente», desde una interpretación antropológica de los evangelios. De acuerdo con el autor, el término «calidad de vida» hace referencia a un ideal al cual han aspirado los seres humanos de todos los tiempos. En este sentido, Martínez (2012) relaciona esta categoría, en primer lugar, con el concepto de «el sentido de la vida», señalando además, que tal sentido depende de “[...] la calidad en la comunicación, la convivencia y la comunidad humana en la que viven” (p. 367).

Dicha comprensión significa que hay una estrecha relación entre poseer calidad de vida y las relaciones humanas que constituimos en el transcurso de nuestra existencia, pues, si bien es válido buscar bienestar personal, también es una responsabilidad humana el procurar calidad de vida para los demás, ya que el ser humano ha de evitar que el logro del bienestar individual vaya en detrimento de la dignidad de otras personas, e incluso en detrimento de su propia dignidad.

El teólogo belga *Edward Schillebeeckx* en su obra *Cristo y los cristianos, Gracia y liberación*, hace referencia a aquello que él denomina como las “siete constantes

antropológicas”, las cuales, a su vez, integran valores humanos que promueven tanto el bienestar personal como el colectivo. Al describir una de esas constantes, Schillebeeckx (1982) señala que “ser hombre significa convivir”, afirmando con ella que un elemento primordial de la identidad del ser humano es convivir con los demás (p. 718).

Asimismo para Schillebeeckx,

[I]a dimensión de sociabilidad y convivencia del [ser humano], en virtud de la cual podemos comunicarnos con los demás y vernos confirmados por ellos como personas, forma parte de la estructura de la identidad personal: el poder ser. Es lo que, a través de los otros y de la comunidad, nos permite ser, con un nombre propio y una propia identidad, personas responsables, pese a todas las deficiencias posibles (p. 718).

Desde una perspectiva diferente, el teólogo español *Jesús Espeja Pardo*, en su libro *Jesucristo, una propuesta de vida*, reflexiona en torno a la categoría “vida”, partiendo de la expresión de Jesús citada por Evangelio de Juan: “El proyecto de mi Padre es que todo el que reconoce al Hijo y cree en él tenga vida eterna y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6:4). Al respecto dice, Espeja (2010) señala que en este versículo la categoría vida tiene dos significados que son complementarios, a saber:

Según la antropología bíblica, incluye bienestar en totalidad: gozar de buena salud física y psicológicamente; satisfacción con uno mismo y en la relación con los demás. A su vez la antropología griega destaca otro aspecto: la vida es un movimiento, un proceso. Si Dios quiere la vida para todos los seres humanos, esa voluntad exige que funcionen bien nuestros sentidos, nuestra inteligencia, nuestra comunicación, todo aquello que suponga para nosotros vitalidad: alimento, vivienda, cultura, posibilidades de sanas relaciones personales y sociales (p. 121).

De esta manera, tanto Martínez Díez, Schillebeeckx, como Espeja Pardo, coinciden en la idea de que Jesús entendía la vida en plenitud para la persona humana, no sólo en cuanto sujeto individual sino también, a partir del establecimiento de relaciones con sus semejantes, y del proyecto de realización en comunidad, a través de la sana convivencia y el diálogo intersubjetivo.

Además, durante todo el desarrollo de su ministerio público, Jesús mostró un gran interés por las personas, en particular por aquellas que estaban en condiciones de indefensión o alto grado de vulnerabilidad; dicha condición no sólo relacionada con el estado económico, sino también, con el estado psíquico y espiritual.

2.1 Jesús y la manera de relacionarse con el prójimo

Algunos ejemplos de la actitud de Jesús frente a las personas, los podemos tomar de distintos acontecimientos que aparecen en el Nuevo Testamento, uno de ellos es citado por el Evangelio de Marcos, mediante el cual se narra un diálogo establecido entre Jesús y un joven rico. Dicha narración tiene además, paralelos en los otros dos evangelios sinópticos (Mc 10: 17-31 y Lc 18: 18-30). En el caso del episodio que presenta Marcos, Jesús mira con amor a un joven con quien dialoga, y, acto seguido, le exhorta a compartir sus bienes con aquellos que carecen de los mismos. Al final de la narración se comenta que el joven se alejó por tener una absoluta dependencia a los bienes materiales. No obstante, Jesús aprovecha este momento, para enseñar a sus discípulos en qué medida las posesiones materiales se pueden convertir en un obstáculo para vivir la dinámica del Reino.

El joven, de quien se habla en los Evangelios Sinópticos, tenía una alteración en sus prioridades, lo cual claramente estaba en posición antagónica respecto de aquella que Jesús promovía. Este joven daba un máximo privilegio a sus bienes materiales, más allá del interés por una vida en libertad que estuviera en apertura hacia los demás, especialmente hacia aquellos que carecían de los elementos básicos para su supervivencia. No obstante, Jesús, quien siempre optó por la persona, miró al joven rico con amor, dando a entender a sus discípulos con esta actitud, que en Dios no se establecen separaciones entre pobres y ricos, ni se le considera mejor o peor a alguno de los dos, pues, para Jesús, había algo más importante: la capacidad de apertura que se puede tener hacia los demás en total desprendimiento, independientemente de los bienes materiales que se posea.

En este sentido, la persona de Jesús, su discurso y su estilo de vida, revelan la opción preferencial por la persona humana, la cual distaba en diferentes aspectos de la cultura clásica de la religión israelita. Todo ello provocó a su vez, una relación problemática entre Jesús y el sistema religioso y moral de su época, ya que dicho sistema privilegiaba los intereses de

pequeños grupos por encima de los personales y comunitarios, por ello se justificaba cualquier tipo de atrocidad con tal de “extirpar el mal” que pudiera manchar la “pureza” del grupo de alguna manera. En consecuencia, los principios religiosos de la religión judía harán que la apuesta de Jesús por la persona humana concreta, se muestren como acciones revolucionarias que deben ser desacreditadas.

2.2 Jesús y el interés por el otro

Como habíamos enunciado en la primera parte, una de las características más relevantes de la sociedad del hiper-consumo, es el individualismo, el cual, con el pretexto de promover la autonomía y la libertad de cada persona, termina conduciendo al ser humano a la soledad y al aislamiento. Dichas dinámicas han hecho de muchas personas, seres individualistas y solitarios, pues, como indica Martínez (2012), mientras la “[...] la persona es un sujeto en relación”, [el individuo por el contrario] es un sujeto aislado, incomunicado [...] volcado sobre sí mismo, de espaldas a todos los demás sujetos humanos, o que se relaciona con ellos como meros objetos, no como personas” (p. 372).

La humanidad tiene en la persona de Jesús un testimonio y paradigma, que continua ofreciéndose como modelo y opción para la vida, ya que, tal y como nos lo narran los evangelios, él vivió su vida pública en relación directa con las demás personas, mostrándose cercano a ellas y siendo compasivo frente a sus situaciones y sufrimientos. El Evangelio de Juan, por ejemplo, desde su composición, nos expone la importancia de los encuentros de carácter personal que mantuvo Jesús, con personajes como Natanael (Jn 1: 47-51), Nicodemo (Jn 3: 1-21), la mujer samaritana (Jn 4: 8-26), la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8: 1-11), Marta y María (Jn 11: 17-44), María Magdalena (Jn 20: 10-18) o Pedro (Jn 21: 15-23). Cada uno de estos encuentros y diálogos establecidos por Jesús con dichas personas marcan no sólo un patrón de composición de una obra literaria, sino que además, señalan el valor que para él tenían eventos como el encuentro cercano, la charla privada, o la invitación a abrir el corazón en un ambiente seguro.

Otras narraciones sobre encuentros personales y directos de Jesús con diferentes personajes los encontramos también, en los Evangelios Sinópticos: por ejemplo, Mateo narra la escena de Jesús con dos extranjeros: un centurión romano (Mt 8: 5-13) y una mujer cananea (Mt 15: 21-28), en ambos casos Jesús reconoce la gran fe que estos dos han tenido frente a sus

circunstancias y los honra por su valentía. Este acontecimiento en particular llama la atención, si se tiene en cuenta el prejuicio cultural que los judíos tenían hacía los gentiles o extranjeros, pues, a través de este se puede percibir un acto reivindicativo con relación a la dignidad de la persona humana, ya que se puede constatar la comprensión y el aprecio que el Dios de Jesucristo tiene por lo humano, independientemente de la procedencia cultural y geográfica de las personas.

El evangelista Lucas, por su parte, registra un encuentro de dos personas con el Cristo post-pascual. En este encuentro ellos logran entender la lógica de los sucesos acontecidos a Jesús (pasión, crucifixión y muerte), gracias a la revelación del resucitado (Lc 24: 13-35). Pero este encuentro se constituye también, como señala Espeja (2010), en un evento paradigmático para toda la historia de la Iglesia, pues es la evidencia del firme compromiso de Jesús con aquellos que optan por dejarse encontrar por él y seguirlo en el camino de la fe. No obstante, este teólogo indica también que, para quienes hoy son receptores de ese acontecimiento, se corre el riesgo de que al igual que los primeros cristianos se sintieron destrozados por el fracaso de la cruz, asimismo, se caiga en “[...] la tentación de cerrar las puertas por miedo y quedar sumidos en la tristeza” (p. 202), pues, la soledad y el aislamiento que son características de este tiempo, pueden producir los mismos sentimiento en las personas, así como lo experimentaron los discípulos de Jesús, tras su muerte y separación.

Según Ramos (2003), la presentación de personajes que son pares opuestos y se encuentran con Jesús, tal y como aparece en los evangelios, por ejemplo, en el evangelio de Lucas, tiene que ver con la comprensión lucana y estructura de composición que,

[...] aplicando la técnica literaria del balanceo o del paralelismo (*sunkrísis*), se propone armonizar, combinar, oponer y/o contrastar elementos estilísticos, estructurales, temáticos, conceptuales o bien los personajes de un relato. Y todo esto con el fin de servir de soporte al mensaje teológico cuyo núcleo fundamental es: Jesucristo Señor y Salvador del mundo (p. 74).

Si bien esta autora hace alusión en su artículo sobre la técnica literaria antes enunciada, con el propósito de indicar la intención de la comunidad lucana de reivindicar el papel de la mujer; también se puede apreciar que su aporte confirma el interés y la opción fundamental de

Jesús por la persona humana en su integridad, sin señalar en él, algún tipo de sesgo o preferencia por alguien en particular.

Desde esta perspectiva, los encuentros personales con Jesús, seleccionados y posteriormente registrados por los evangelistas nos indican lo inédito y particular de aquellas personas con quienes él compartía, y de la actitud compasiva de Jesús con ellas. No hay un estándar exclusivo en la selección de estos personajes: por ejemplo, aparecen narraciones sobre mujeres y hombres; lo cual, era una clara novedad en una cultura androcéntrica y cuasi misógina de aquel tiempo. Hay relatos sobre encuentros y diálogos de Jesús con extranjeros (gentiles) y judíos, en los que se aprecia que el trato que él les da es cercano, humano, fraterno y sin exclusivismo alguno, a pesar de los patrones culturales que lo separaban y definían existencialmente. También se registran charlas con personajes ritual y moralmente puros desde la perspectiva judía, como Simón el fariseo o Nicodemo el Saduceo; asimismo con personajes opuestos a estos como la Samaritana o Zaqueo el recaudador de impuestos (en estos dos casos Jesús muestra un gran interés por sus vidas, sus inquietudes, sus preocupaciones e incluso el futuro escatológico que han de esperar).

Por otra parte, varios diálogos de Jesús con aquellas personas tienen que ver con procesos de vida o con alguna de las realidades humanas, como la salud y la enfermedad propia o ajena, por ejemplo, en el caso de Bartimeo (Mc 10: 46-52) y el Centurión Romano respectivamente. Además, el estatus socioeconómico de las personas tampoco fue un obstáculo para relacionarse con Jesús: hombres y mujeres de todos los estratos sociales fueron acogidos por él, sin algún tipo de prejuicio. Jesús cenó no sólo con personas adineradas como Simón el Fariseo; Zaqueo y Mateo (Mt 9: 9-13), recaudadores de impuestos de profesión, sino que también compartió la mesa con personas de bajos recursos, por ejemplo, en la casa de Pedro, donde curó a la suegra del apóstol (Mt 8: 14-15).

Todas estas variables y categorías reconocidas en los diversos encuentros de Jesús no son otra cosa que la evidencia del interés por el “otro”, por la persona humana y su dignidad. Jesús vivió su ministerio público entre la gente, con la gente y para la gente. Todo lo señalado anteriormente se constituye en la evidencia de la forma en la que desarrolló su vida pública y su opción prioritaria por el respeto y re-establecimiento de la dignidad de la persona humana.

2.3 Jesús y el cuerpo humano

Según Lipovetsky (2008), la nueva y particular forma que tienen los seres humanos de relacionarse con su propio cuerpo, es una de las características de la sociedad de consumo más novedosa, puesto que hoy se prioriza el ¿cómo se ve cada sujeto a sí mismo?, más que el ¿cómo ve él al otro? Con esta crítica no se pretende afirmar que la imagen y percepción positivas que una persona tenga de sí misma sea una suerte de egoísmo contemporáneo, pues, está claro que la corporalidad es una mediación obligada en las relaciones interpersonales; lo que se critica aquí es el excesivo culto al cuerpo y las costosas prácticas estéticas que buscan presentar un determinado aspecto físico en las personas. Si bien, la sana mediación de lo corpóreo permite el contacto y reconocimiento físico, así como la muestra de afecto o la expresión corporal que señala estados de ánimo, e incluso, sin el cuerpo sería imposible establecer límites sobre la individualidad de cada ser humano, también se critica el excesivo cuidado o atención casi única a la apariencia física y estética de lo corpóreo en nuestro tiempo.

Para la teología cristiana el cuerpo humano tiene un valor fundamental, puesto que uno de los pilares de la fe en el Dios Trino, es precisamente la aceptación de la encarnación del Hijo de Dios, es decir, del Dios que se hace ser humano, lo cual incluye, desde luego, al cuerpo en su parte fisiológica. Además, de acuerdo con los evangelios, la comprensión que el mismo Jesús tiene respecto de lo corpóreo, es profundamente equilibrada. En sus enseñanzas y en las narraciones que sobre sus dichos y hechos se han hecho, no aparece condena alguna al cuerpo humano. Ciertamente, dice Martínez (2008):

[...] en los evangelios el cultivo del cuerpo no es el valor supremo a cuidar y cultivar, ni se han de sacrificar otros valores humanos a la integridad física o a la belleza corporal. En este contexto y desde este horizonte se pueden interpretar las duras advertencias de Jesús referentes al escándalo y la integridad física: “Si, pues, tu mano o tu pie te son ocasión de pecado, córtatelos y arrójalos de ti...” (Mt 18: 8-9). [Sin embargo] no hay detrás una antropología dualista ni una actitud maniquea, ni una descalificación del cuerpo y la materia como algo bajo, reprobable o impuro. No; lo que está en juego aquí es una jerarquización de valores o una acotación sobre el significado y la función del cuerpo humano y sus miembros (p. 385).

En este orden de ideas, la expresión de Jesús antes citada por Martínez de Mt 18: 8-9, no ha de ser entendida como una idea gnóstica de dualismo radical, en la que se le atribuye al cuerpo una connotación negativa, como una suerte de cárcel en que el alma está cautiva; más bien, de acuerdo con este teólogo dominico, se entiende como una “jerarquización de valores” en la que Jesús pretende subordinar el cuidado del cuerpo al cuidado del alma; tal es así, que el evangelista Mateo repite la mención ya antes citada, en 5: 29-30, y ambas versiones privilegian el destino eterno (cielo o infierno) sobre el cuerpo contingente y finito, por lo cual señala que “Más vale perder una sola parte del cuerpo, y no que todo él vaya al infierno” (Mt 5: 30b).

No obstante, tal priorización no significa que el cuidado del cuerpo sea abandonado o no tenido en cuenta en el ideario de Jesús, por el contrario, él reconoce el valor del cuerpo y la necesidad de su cuidado y manutención: “Por eso les digo: No se preocupen por su vida, qué comerán o beberán; ni por su cuerpo, cómo se vestirán. ¿No tiene la vida más valor que la comida, y el cuerpo más que la ropa?” (Mateo 6: 25). En esta cita, Jesús reconoce el cuidado del cuerpo, pero también invita a abandonar la preocupación por los elementos básicos para la supervivencia. Posiblemente la razón de dicha invitación de parte de Jesús radica en que él integra estos elementos a la dignidad en su comprensión integral, la cual, está asegurada para las aves del cielo, los lirios del campo o la hierba; incluso a pesar de que todos ellos no realizan alguna de las labores que las personas humanas realizan a diario para obtener su manutención.

En este sentido, Jesús no valida el cuidado excesivo del cuerpo. Al respecto el Evangelio de Lucas, pone en boca de Jesús la historia del rico Epulón y el pobre Lázaro:

Había un hombre rico que se vestía lujosamente y daba espléndidos banquetes todos los días. A la puerta de su casa se tendía un mendigo llamado Lázaro, que estaba cubierto de llagas y que hubiera querido llenarse el estómago con lo que caía de la mesa del rico. Hasta los perros se acercaban y le lamían las llagas (Lc 16: 19-21).

En esta parábola, el cuerpo es una importante clave interpretativa, pues Jesús úbicamente dos personajes: al primero lo presenta como alguien que viste su cuerpo con lujos, y al segundo como aquel que “viste” su cuerpo con llagas; el rico Epulón se alimenta de forma abundante, mientras que el pobre Lázaro desea alimentar su cuerpo con las migajas que caen de la mesa del rico. Jesús finaliza la introducción a esta parábola, señalando que ambos

personajes mueren, como una realidad ineludible de todo ser humano, sin distingo de raza, posición social, religión, preferencias políticas, etc.

Por otra parte, es importante señalar que en la parábola, el rico Epulón no es acusado de opresión o explotación, más bien es señalado de ser excluyente debido a la desbordante riqueza material que poseía, pues, ésta le impidió ver al ser humano necesitado y pobre que se situaba cerca a su puerta. El gran pecado que se le imputa al rico Epulón en el Evangelio, es la indiferencia, pues él “[...] es condenado por su insensibilidad ante la miseria de un pobre llamado Lazaro” (Espeja, 2010, p. 132). Y esta es la cuestión; no se juzga que el cuidado del cuerpo sea inadecuado, si se entiende como mediación natural para el relacionamiento interpersonal y el auto reconocimiento; sino que llega a ser nocivo cada vez que lo material y físico es ubicado como absoluta prioridad, y en este sentido obliga a la persona, al igual que al rico Epulón, a vivir de espaldas a la realidad humana que le rodea, y centrada únicamente en los propios intereses.

Vale la pena acotar que tal forma de trato y de relación entre el rico Epulón y el pobre Lázaro, lamentablemente se continua experimentando también en esta época, de formas incluso mucho más extremas en algunas partes del planeta, por cuanto, algunos seres humanos prefieren evadir el encuentro con el habitante de calle, el enfermo terminal, el migrante, ya que, de alguna manera, en el silencio y con su mirada, los más pobres y exluídos les interpelan o cuestionan sobre su *statu quo*, e incluso les exigen salir de ese estado de *confort* en el que se encuentran. En un mundo donde la imagen lo es todo, se prefiere estar al márgen de la necesidad corporal del otro.

2.4 Jesús y las relaciones de dominio

El actual sistema socioeconómico mundial privilegia las relaciones jerárquicas y relega a un segundo plano las horizontales. Las relaciones que tienen en cuenta la jerarquía y rango en los que una persona se encuentra, están basadas en el dominio, el control y la subordinación, e incluso, gracias al mercado de capitales, en la dependencia. Sin embargo, esta categorización de las relaciones no es exclusiva de nuestro tiempo, pues, si tenemos en cuenta la historia de la humanidad, la pretensión de señorío de un ser humano sobre otros se ha mantenido a través de todos los tiempos. Por ejemplo, desde el mito fundante de la creación y el relato de los primeros

hermanos Caín y Abel (Gén 4) se percibe claramente el deseo de superioridad del uno sobre el otro.

Jesús provenía de un hogar humilde y sencillo. Él, como el ser humano que era, perteneció a un tiempo en la historia, a un lugar geográfico, a una cultura y sociedad con sus propias dinámicas que marcaron y condicionaron su vida. Según Espeja (2010), “[...] el dinamismo de esa cultura venía determinado por dos factores distintos y vinculados: religiosidad pervertida e ideología de dominación” (p. 57).

[Dicha ideología de dominación] se imponía en la organización socio-política de Palestina [...] dominación en todos los ámbitos. Comenzando por el ámbito religioso [...] Con ese interés la clase socialmente mejor situada era dueña del templo y desde allí dictaba leyes de pureza e impureza; quiénes eran puros y quiénes impuros, quienes tenían acceso a ser protegidos y quiénes sólo tenían derecho a ser olvidados; así coincidían los pobres y los legalmente pecadores (Espeja, 2010, p. 61).

Esa realidad socio-religiosa y cultural de Palestina estructuraba una organización piramidal, quienes estaban arriba en el poder lo hacían a través de alianzas entre terratenientes y las autoridades religiosas; “[...] parece que había una clase media de pequeños propietarios, artesanos autónomos, funcionarios del gobierno y del templo” (Espeja, 2010, p. 62). Y en la parte más baja de la pirámide se encontraban los excluidos del proceso de producción. Espeja señala, además que dentro de esta categorización se encontraban “obreros eventuales [...], campesinos que no podían pagar la renta, vagabundos sin techo, mujeres viudas [...], esposas estériles y repudiadas por sus maridos, prostitutas, enfermos [...]. Eran como “material sobrante”, sin porvenir y sin defensor alguno” (2010, p. 62).

En el contexto de las relaciones de dominio propias de las comunidades de aquel tiempo, aparece la narración del evangelista Mateo, quien expresa aquello que Jesús consideraba al respecto. El evangelista narra una discusión que Jesús mantiene con sus discípulos. La conversación inicia con una pregunta que formula uno de ellos: “¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?” (Mt 18: 1). Dicha cuestión da cuenta de los intereses de los discípulos acerca de la eventual dignidad que podrían obtener en el Reino de Jesús, pero, al mismo tiempo, revela una de las preocupaciones que tiene la mayoría de los seres humanos, cuando desea estar

en el primer lugar o competir por lograr este fin. Frente a esta inquietud, Jesús utiliza un signo frente a sus discípulos: él elige a un niño y lo ubica en medio de ellos, diciéndoles: “Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos” (Mt 18: 3-4). Estas palabras de Jesús son claramente una respuesta en contra de las costumbres culturales de la época, puesto que ubica a un niño en el centro de su argumentación, otorgando un lugar de honra a aquellos que ni siquiera estaban en la conversación, que eran excluidos socialmente, y tradicionalmente no tenían relevancia alguna. Al respecto el Doctor Miguel Ángel Armada, en su artículo “La niñez en el evangelio de Mateo”, afirma que:

Los niños carecían prácticamente de estatus en la comunidad o la familia. De allí que en la antigüedad se ensalzase la juventud y se venerase la vejez. La sociedad greco-romana era adultocéntrica (centrada en los adultos: en sus valores, normas, leyes, costumbres, perspectivas), jerárquica, patriarcal y esclavista. Toda la vida era experimentada de manera diferente según el lugar socio-cultural: desde el lugar del varón, el amo, el rico y el adulto se percibía una perspectiva bien distinta desde el niño-a, el esclavo-a, la mujer y el pobre (Armada, 2007, p. 12).

A través de esta lección, Jesús propone un nuevo orden en la manera como se han de establecer las relaciones interpersonales. Un orden claramente contrario a los reinos terrenales en los cuales se da prioridad a los intereses de los poderosos. En la propuesta de Jesús se otorga mayor visibilidad al pequeño, al vulnerable y al débil, de tal manera que esta opción por ellos, hace que todos los esfuerzos por establecer el Reino, estén enfocados en velar por la satisfacción de sus necesidades. En este relato, incluso Jesús, se indentifica con el niño, “Y el que recibe en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí” (Mt 18: 5). Él, rompe un paradigma en el imaginario colectivo de la comunidad receptora de su mensaje, revolucionando la idea fundante del lugar que socialmente ocupaban los niños en aquel tiempo, y ubicándolos en un estatus nunca antes visto, ya que los ubica en igual posición de dignidad, como la de cualquier adulto varón de aquella época.

Otro ejemplo de la actitud y acciones de Jesús frente a las relaciones de dominio, lo encontramos también en el evangelio de Mateo, dos capítulos más adelante del anterior ejemplo,

en una de las perícopas, el evangelista narra una discusión similar a la citada anteriormente. En este caso se trata de una madre que hace una singular petición a Jesús: “Ordena que en tu Reino uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda” (Mt 20: 21). Esta petición es claramente motivada por los conceptos previamente establecidos de lo que significa un reino y las mecánicas de su funcionamiento. La respuesta de Jesús fue: “No saben lo que están pidiendo” (Mt 20: 22), y le explica a la mujer que ese tipo de decisiones le corresponde exclusivamente al Padre Dios. Llama la atención que una vez Jesús da esta respuesta, queda registrado otro hecho, en este caso la reacción de los otros diez discípulos: “Cuando lo oyeron los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos” (Mt 20: 24). Esta reacción nos recuerda que esta pretensión de poder sobre otro (una suerte de esnobismo), no es un caso aislado de una minoría. La molestia de los otros discípulos se produjo porque también ellos tenían posiblemente la misma pretensión, pero no habían llegado tan lejos como los dos hermanos, Juan y Jacobo. Ante la actitud de unos y otros, el autor señala que Jesús los llamó y les dijo:

Como ustedes saben, los gobernantes de las naciones oprimen a los súbditos, y los altos oficiales abusan de su autoridad. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de los demás; así como el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos (Mt 20: 25-28).

De esta manera, Jesús aprovecha el suceso acontecido con estos dos hermanos para establecer diferencias entre las relaciones de dominio que se promueven en las naciones y las relaciones interpersonales que él anima; estas relaciones que como novedad presenta Jesús, son mediadas por el servicio y no por el señorío. Es claro que el autor del evangelio de Mateo, al poner en boca de Jesús la frase: “[...] pero entre ustedes no debe ser así” (Mt 20: 26), pone de manifiesto que las prácticas de dominio entre seres humanos no deben ser una constante; por el contrario, la grandeza de una persona está sujeta al servicio que le preste a sus semejantes. Jesús concluye su exhortación diciendo que, así como él no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos, de esta misma manera el ser humano ha de actuar, poniéndose como un par de su semejante, incluso como alguien que está al servicio, un “esclavo” de los demás.

Dicho llamado de atención por parte de Jesús posee un valor agregado, y es el hecho de que el poder es una realidad que no se puede desvirtuar; existe y genera efectos benévolos en cierta medida, pues, la ausencia de poder podría implicar una suerte de anarquía, pero también en la detentación del poder se corre con mayor posibilidad el riesgo de caer en corrupción, buscando sacar provecho de su posición. Al respecto dice Espeja, (2010): “Según actuó y enseñó Jesús, el ejercicio del poder sólo humaniza cuando es mediación del amor. [...] Sólo el amor, que nos saca de la propia tierra y amplía nuestros horizontes, alimenta nuestro crecimiento en humanidad: [...] se realiza como persona” (p. 134).

2.5 Jesús y la inclusión humana

En la primera parte de este texto se hizo alusión a la denuncia que hace *Zygmunt Bauman* respecto al surgimiento de nuevas categorías sociales, como es el caso de la denominada “infraclase”. De acuerdo con este sociólogo, las personas que involuntariamente deben pertenecer a este nivel de estratificación, son excluidas de la sociedad por no cumplir los estándares establecidos por la lógica del consumo, la competencia desleal o el mercado masificado. Una denuncia similar a la de Bauman, la hace el Papa Francisco en la Carta Encíclica *Evangelii gaudium*. En este documento eclesial, el Papa señala que los seres humanos estamos asistiendo a una época de la, por él denominada, cultura del descarte, la cual se aplica a todo, incluidos desde luego los seres humanos, que son caracterizados como bienes de consumo; los cuales, al igual que cualquier producto, pueden tomarse, usarse y finalmente descartarse. Ambos personajes (*Francisco* y *Bauman*) desde sus perspectivas coinciden en la situación social que debe experimentar una parte de la población en el mundo, la cual es marginada y descartada a causa de los efectos que conlleva el actual sistema socioeconómico capitalista injusto. Para el papa Francisco se trata de una cultura que permea toda la vida humana y para Bauman, en la misma perspectiva del Papa, se trata de un sector de la sociedad o “infraclase”, la cual, es excluida por su condición. En las dos comprensiones es evidente la deshumanización a la que son sometidas las personas que no cumplen con los estándares de dicho modelo socioeconómico.

En el tiempo en que Jesús vivió, existían también sistemas que deshumanizaban, pues, con una gran influencia de lo moral y religioso, se establecían segregaciones entre puros e impuros.

El sistema de la pureza e impureza regulaba especialmente las áreas de la alimentación, de la sexualidad y del culto. Es decir, regulaba con rigor especialmente aquellas áreas de la vida humana en las que se juegan los procesos más directamente relacionados con la vida [...] El señalamiento de estas áreas es muy acertado, puesto que en ellas está en juego la calidad de vida (Martínez, 2012, p. 376).

A pesar del propósito de este sistema, de preservar la calidad de vida, hay que decir que no siempre fue bien comprendido, puesto que en muchas ocasiones sirvió como excusa para la exclusión de varias personas quienes eran juzgadas por su condición social, por sus actos de moralidad o por sus condiciones fisiológicas (pecadores, mujeres, publicanos, leprosos, samaritanos). Estos hechos fueron factores que engendraron violencia y separaciones dramáticas de familias, comunidades y pueblos.

Jesús, por el contrario, asumió una posición que daba primacía al “sistema del don o de la comunidad” (Martínez, 2012, p. 377). La opción de Jesús, marcó substancialmente la forma en que él se relacionaba con las personas, en particular con aquellas catalogadas como impuras, por el sistema imperante. Opción que, además, fue fuertemente criticada por los defensores a ultranza de este sistema. Jesús será denominado por sus detractores como “amigo de pecadores” (Lc 7: 34), esto debido a su cercanía con aquellos que el sistema excluía y a quienes Jesús, quiso siempre reincorporar a la vida comunitaria.

Un ejemplo de lo anterior, es la relación que Jesús estableció con los samaritanos, una raza estigmatizada e históricamente considerada impura.² En los evangelios vemos a Jesús ubicando protagónicamente a los samaritanos al reconocer su dignidad humana, una acción claramente antagónica del imaginario colectivo de su época y cultura. Un primer ejemplo lo encontramos en la historia que Jesús narra sobre un viajero que es asaltado y golpeado hasta quedar casi muerto. Al pasar por su lado más tarde, un sacerdote y un levita se abstienen de prestarle auxilio, pero, a diferencia de estos dos, un samaritano es quien se acerca a aquel hombre, le limpió las heridas, lo lleva a un hostal, paga los gastos y se compromete a pagar el

² Luego de la invasión de los asirios al Reino del Norte en el año 722 a. C (2 Reyes 17, 5-6), los habitantes israelitas se mezclaron con los colonos procedentes de diferentes lugares de este imperio (2 Reyes 17, 24), y esto ocasionó no sólo el apartamiento de la ley de Dios, sino además cierto sincretismo en el desarrollo de su religión; lo que llevó a los judíos ortodoxos a considerar a los samaritanos como una raza impura. Este era el panorama social con el que Jesús se encontró, en el cual todas las personas procedentes de esta región y particularmente de esta raza, eran excluidas y juzgadas de impuras. (Samaritanos. (1981). Diccionario bíblico ilustrado (1ª). Barcelona, España: Clie)

excedente si fuese necesario (Lc 10: 29-37). En esta narración, Jesús pone como ejemplo auténtico y verdadero prójimo a este hombre samaritano, quien es capaz de superar las diferencias culturales y los prejuicios morales para subsidiar la integridad humana, aquí, puesta en riesgo. José Antonio Pagola (2012) lo describe en los siguientes términos:

Por el camino llega un samaritano. No viene del templo. No pertenece siquiera al pueblo elegido de Israel. Vive dedicado a algo tan poco sagrado como su pequeño negocio de comerciantes. Pero cuando ve al herido, no se pregunta si es prójimo o no. Se conmueve y hace por él lo que puede. Es a este a quien hemos de imitar. Así dice Jesús al legista: “Vete y has tú lo mismo” (p. 175).

El segundo ejemplo sobre las acciones incluyentes de Jesús, lo encontramos en la narración acerca de un viaje que él hace a Jerusalén, y en cuya ruta debe pasar por Samaria. Esta ciudad era evitada a cabalidad por cualquier judío viajero, debido a las razones ya enunciadas. En dicha ruta, diez leprosos son sanados de su enfermedad, pero, de todos ellos, sólo uno regresa a dar gracias a Jesús, y este es un samaritano (Lc 17: 11-19). El autor presenta a este personaje con la suficiente entereza de carácter para regresar y dar gracias a Jesús por el favor recibido; está claro que el dato expuesto por el evangelista Lucas, no es sólo un accesorio escriturístico, sino que ello revela la postura reivindicativa del ministerio de Jesús a los excluidos y su invitación a mantener este legado a la comunidad lucana. Al respecto Salvador Carrillo Alday (2009), en su comentario al evangelio de Lucas dice: “Aquel samaritano estaba excluido de la comunidad no sólo por su lepra, sino también por ser un extranjero, y ser ¡un samaritano!” (p. 295). Lo que indica la revictimización de este hombre, no sólo por su situación de salud física, sino también por ser extranjero.

Un tercer ejemplo lo evidenciamos en el diálogo que Jesús establece con una mujer de Samaria. A través del encuentro que Jesús mantiene con ella, se eliminan los prejuicios morales de la época: en primera medida, porque entra en relación con una mujer, cosa que no era bien vista por sus contemporáneos y de hecho ocasionó revuelo entre sus discípulos (Jn 4: 27); en segundo lugar, por ser de origen samaritano, y, en tercera medida, porque es considerada como una pecadora, puesto que, gracias al diálogo con ella, Jesús descubre que la mujer había tenido cinco maridos y el que en ese momento tenía no era su marido legítimo (Jn 4:1-26). Jesús supera

todos los límites artificialmente colocados por la preconcepción judía de la pureza y demuestra, a través de la cercanía y el diálogo con esta mujer, su interés por la persona humana y su dignidad.

Otros dos grupos de personas con las que Jesús tuvo una relación particularmente cercana, a pesar de que eran excluidos por el mismo sistema, fueron los publicanos y los denominados pecadores. Ellos, a través de sus actuaciones parecieran auto-excluirse del grupo y comunidad, pues, la sociedad judía de aquel tiempo les veía como pecadores por la ejecución de su oficio. De acuerdo con Martínez, (2012): “Jesús es más partidario de la reinserción que de la exclusión, del perdón que de la condena, de la reconciliación que de la excomunión” (p. 382). Por esta razón, no tiene problema alguno para ir a casa de dos publicanos, Mateo (Mt 9: 9-13) y Zaqueo (Lc 19: 1-10), y comer con ellos. De esta manera, frente a las críticas y rumores de los demás, Jesús expresará que: “no son los sanos los que necesitan médico sino los enfermos” (Mt 9: 12), puesto que el Hijo de Dios no ha venido a llamar a justos sino a pecadores, él vino “[...] a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc 19: 10).

Teniendo en cuenta los anteriores ejemplos, podemos notar que Jesús sale al paso a las tradiciones humanas que justifican la exclusión social en aras de la auto preservación. Jesús denuncia todo acto deshumanizante que se esconde tras la protección de los intereses personales, y que privilegian la máxima de “o eres tú o soy yo”. Jesús invita a través de su evangelio a vivir aceptando la diferencia, la imperfección humana, y aquellas cosas que no se pueden elegir, como el lugar donde se nace o la raza a la que se pertenece; él reconoce que ninguna de estas condiciones son un motivo o una justificación para quitarle a una persona el estatus de pertenencia a la comunidad y a la sociedad en general.

3. A manera de conclusión

Los planteamientos y las reflexiones críticas de Lipovetsky y Bauman, acerca de las consecuencias que el actual sistema socioeconómico injusto ha producido en las relaciones interpersonales y en la dignidad de las personas, han sido contrastadas en este artículo con varias de las acciones humanizadoras de Jesús que son narradas en los evangelios. De esta manera, llama la atención que varias de las situaciones y de los hechos que iban en contra de la dignidad humana en tiempos de Jesús, son lamentablemente similares a aquellos que afectan a las personas de nuestra época. Con el agravante de que el sistema socioeconómico, axiológico y

socioambiental actual, es mucho más abarcante, excluyente e inequitativo, y tiene un mayor alcance e impacto en las personas del mundo entero.

Por esta razón, desde una postura fundamental en la vida, el testimonio y el seguimiento de la persona de Jesús y sus enseñanzas, es necesario no sólo considerar dichas realidades, sino también resistir y responder a ellas desde el quehacer teológico. Para tal efecto, además de lo expuesto hasta ahora, se presentan a continuación, a manera de conclusión, algunos desafíos que tenemos los creyentes cristiano en la actualidad, a saber:

El primer desafío tiene que ver con la *predilección por la persona humana*. Los seres humanos de todas las épocas han constituido sistemas sociales de segregación humana, usando como elementos de categorización: la raza, las diferencias culturales, creencias religiosas, el género, la capacidad adquisitiva, y hasta su condición de salud. Dichas diferencias han mantenido al márgen o excluidas a muchas personas, reservando ciertos beneficios para unas minorías. Esto, como decíamos, es lo que Bauman señala al reflexionar sobre una nueva categoría social en el mundo, es decir, la “infraclass”, a la cual pertenecen todos aquellos que no cumplen los requisitos impuestos por el mercado de la oferta y la demanda, en los cuales el mercado de capitales y la posesión material está por encima del ser humano.

Por su parte, Lipovetsky denomina a la sociedad actual como “narcisista”, pues se trata de una generación que posee la particularidad de priorizar los intereses personales, el individualismo y la autoimagen, antes que los intereses comunitarios y el bien de la mayoría. Esto en cifras concretas, según el sitio web de la organización caritativa británica *Oxfam*, significa que el 1% de los ricos del mundo acumulan el 82% de la riqueza global de la población; el 1% más rico de la población posee más del doble de riqueza que 6900 millones de personas; casi la mitad de la humanidad vive con menos de 5,50 dólares al día; y lque además, los 22 hombres más ricos del mundo tienen más riqueza que todas las mujeres de África. Este es entonces, el reflejo de un sistema que sostiene el bienestar de una minoría sobre la desgracia de las grandes mayorías.

A lo largo de su vida pública y misión en la tierra, Jesús de Nazareth enseñó a muchas peresonas que Dios da especial prioridad al bienestar y la felicidad del ser humano, siempre y cuando este no vaya en menoscabo de la dignidad de las personas, especialmente de los pobres, excluidos y menos favorecidos. Para él, las personas están siempre por encima de las cosas, los bienes (de todo tipo), los rituales, las leyes, las autoridades; esto se hace evidente en la discusión

con los fariseos acerca del día del reposo, los cuales criticaban el hecho de que los discípulos arrancaran espigas de trigo en sábado; al respecto Jesús dijo: “El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Marcos 2:27). Tal máxima es validada por Jesús a través de una narración citada en el Antiguo Testamento, en la cual aparece David en el templo, comiendo y compartiendo con sus acompañantes hambrientos de aquellos panes consagrados, que conforme a la ley mosaica, únicamente debían comer los sacerdotes (1 Samuel 21:2-7)

Como una constante en su ministerio público, una vez más Jesús privilegia la vida de la persona humana ante cualquier otra cosa, y eso incluye los preceptos religiosos. En este sentido, Jesús nos invita a acoger, abrazar, incluir a toda persona sin excepción, incluso cuando su opción moral no estuviera en total sintonía con la del Reino; pues la exclusión del mismo es una alternativa de la persona misma y no de alguien fuera de ella. Aquí el desafío consiste por un lado, en desentrañar las lógicas eclesíásticas que deshumanizan las relaciones y que son incompatible con los dichos y hechos de Jesús de Nazareth. Además, es necesario rechazar algunas prácticas sociales y morales que han hecho a la(s) iglesia(s) complice(s) durante siglos de esa segregación, que aún sigue campeando silenciosamente entre nosotros; y por otro lado, es pertinente que la Iglesia manifieste su misión profética, siendo una abanderada de la voz de los que no la tienen, como dice el libro de Proverbios: “Levanta la voz por los que no tienen voz; ¡defiende a los indefensos! Levanta la voz, y hazles justicia; ¡defiende a los pobres y a los humildes!” (31:8-9). Esto significa predilección por la persona humana.

Un segundo desafío es *la pertenencia a la comunidad*. En un mundo donde se estimula el individualismo como lo confirma Lipovetsky, al denominar el tiempo actual como la era narcisista y donde abundan las razones para sentirnos diferentes; como la cultura, la política, la religión, las ideologías; vivir en comunidad parece algo casi imposible, pues, ¿qué une en verdad a los seres humanos, o qué hay de común entre ellos? Una respuesta aproximativa a tal interrogante la encontramos directamente en Jesús, desde el momento en el cual, él quiso constituir una comunidad, los cuales tenían diferentes procedencias, como por ejemplo: Pedro y Juan eran pescadores; Leví era un publicano (recaudador de impuestos para el imperio romano); o Simón llamado Zelote por su pertenencia pasada a un grupo alzado en armas contra el imperio. A pesar de esas diferencias, Jesús logra incorporarlos a su proyecto de Reino y ante su muerte, resurrección y ascensión encomendarles la continuidad y sostenibilidad de dicho proyecto. De acuerdo con lo enseñado por Jesús, pertenecer a la comunidad significa evitar el privilegio y

primacía de los intereses personales, es decir, morir al egoísmo, y a todo aquello que de forma individual se quiere mostrar o proyectar a los demás. Significa además, nacer a un pensamiento colectivo de unión programática en favor de un fin común, donde no se anula la individualidad y el valor que en sí misma tiene cada persona; sino que más bien se juntan las voluntades individuales para alcanzar un objetivo mayor y más sublime. La pertenencia a la comunidad también genera arraigo y fortalece la certeza de que en medio del vasto universo, hay un terruño donde existen personas que te consideran parte de ellos. El desafío consiste, entonces, en superar la idea de que unidad es igual a uniformidad; si ese paradigma lo rompió Jesús, quienes somos nosotros para seguir perpetuando esas lógicas obsoletas.

Un tercer desafío es *la atribución del justo valor del cuerpo*. Esta es la era de “la imagen lo es todo” y eso ha conllevado a una inversión de prioridades que claramente, Jesús intentó subvertir, denunciando que tras el uso vanal del cuerpo ha existido la desgracia humana evidenciada en la pobreza, en la desposesión, en la ignominia; como es el caso en la parábola del rico ostentoso y el pobre Lázaro. Aquí hay un doble desafío para la humanidad y en especial para las comunidad de creyentes, el cual consiste en reconocer el justo valor del cuerpo contingente (que debe ser cuidado) sin trasgredir el carácter interno del ser (alma) que desde la fe cristiana es eterna; pero también reconocer el valor del cuerpo como mediación en las relaciones interpersonales y el auto reconocimiento, sin convertirlo por ello en un ídolo que a la postre lleve al ser humano a vivir de espaldas a la realidad de sus semejantes.

El cuarto desafío es *cambiar las relaciones de dominio por relaciones de servicio*. Actualmente las relaciones de dominio son de carácter estructural, y lamentablemente han permeado a los distintos grupos y miembros de la sociedad. Sus tentáculos tienen el poder de influenciar todas las instituciones; desde el Estado hasta la iglesia. Nada posee el poder de auto eximirse de dicha lógica y pareciera que la única manera de sobrevivir es sometiéndose a estas; desde las realidades laborales mediadas por el factor económico, hasta las realidades político-electoral que están mediadas por el clientelismo, el favoritismo y la instrumentalización de los cargos públicos, con fines de lucro particular y otras muchas maniobras corruptas que se llevan a cabo en muchos países del mundo.

Jesús por su parte contrarresta estas lógicas hablando de su misión en la tierra y de la encomienda que le ha dado el Padre: “no vine a ser servido, sino a servir y dar mi vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). Las relaciones que estimula Jesús son aquellas de carácter

horizontal, donde nadie se superpone a otro, ni intenta subordinar a los demás buscando su propio provecho. La Iglesia desde sus estructuras internas tiene la obligación de modelar la igualdad en la forma de relacionarse cada uno de sus miembros, ya que si ella se comprende como seguidora de Jesús y como su cuerpo místico, es su deber procurar el respeto y la valoración de las diferencias que hay en los creyentes, no como miembros categorizados, sino como hermanos en la fe que siguen radicalmente a Jesús.

Una evidencia concreta de la forma en que Jesús actuaba de frente a las diferencias de los seres humanos, son su participación y compartir fraterno en cenas, mediante las cuales se indica un elemento vital en el desarrollo de su ministerio público: Jesús se acercó a las realidades particulares de las personas, construyó comunidad y como símbolo de la horizontalidad de la mesa, rompió con el paradigma de la estratificación en las relaciones. Este, además, es un llamado implícito de Jesús a las comunidades de base y es retornar a las relaciones fraternas, horizontales y de servicio como parte de la realidad cultiva, tan importante como las fases de interiorización, contemplación y “carismatismos” propios de nuestras celebraciones y liturgias. En este tiempo de pandemia, producida por el denominado COVID-19, en el cual no hemos visto obligados a cerrar los templos, y a realizar cultos y celebraciones litúrgicas virtuales, hemos podido evidenciar también, con mayor claridad, el valor eclesiológico de las relaciones humanas, puesto que todo lo demás lo hemos podido llevar a cabo a través de los medios electrónicos (música, sermón y hasta ofrenda); pero el atrio, el patio, el zaguán donde hablamos, compartimos experiencias, reímos y hacemos Iglesia, son lugares necesarios para el encuentro y la interacción, lo cual da vitalidad al crecimiento, bienestar y fortalecimiento de los miembros de la Iglesia.

Finalmente, quiero resaltar que, en medio del panorama sombrío de nuestro tiempo, las relaciones interpersonales se constituyen en una gran oportunidad; la cual Jesús de Nazareth aprovechó cabalmente para devolverle al ser humano su dignidad, pues su legado se extendió en los corazones de muchos con la fuerza del reconocimiento del otro, de su vida, de su historia, de sus luchas, de sus necesidades y de sus preocupaciones. No hay duda de que Jesús de Nazareth promovió el valor de la persona humana; es por ello que, en esta época de deshumanización, las relaciones interpersonales son una gran y pertinente oportunidad para retornar al ideal divino de vernos como hermanos y no como medios para alcanzar fines egoístas.

4. Referencias

- Alday, S. C. (2009). El evangelio según san Lucas. Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Armada, M. Á. (2007). La niñez en el evangelio de Mateo. Misiones en el mundo. (8). p. 11-21.
- Bauman, Z. (2005). Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Bauman, Z. (2007). Vida de consumo. México: Fondo de cultura económica .
- Calvino, I. (1999). Las ciudades invisibles. Madrid: Unidad Editorial.
- Espeja, J. (2010). Jesucristo, una propuesta de vida. Madrid: San pablo.
- Francisco. (2013). Exhortación apostólica Evangelii Gaudium. Sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual. Vaticano: Editrice vaticana
- García, V. C. (1988). Cristo al encuentro del hombre. Madrid: Publicaciones Claretianas.
- Lipovetsky, G. (2008). La era del vacío: Ensayo sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona: Editorial Anagrama, S. A.,.
- Lypovetsky, G. (2016). De la ligereza. Barcelona: Anagrama.
- Martínez Díez, F. (2012). Creer en el ser humano, vivir humanamente: Antropología en los evangelios. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Moltmann, J. (1992). La justicia crea futuro. Política de paz y ética de la creación en un mundo amenazado. Bilbao: Sal Terrae.
- Pagola, J. A. (2012). El camino abierto por Jesús (Vol. 3). Bogotá, Colombia: PPC Editorial y Distribuidora.
- Querol, R. d. (8 de Enero de 2016). Zygmunt Bauman: "Las redes sociales son una trampa". Revista Babelia. Recuperado:
https://elpais.com/cultura/2015/12/30/babelia/1451504427_675885.html
- Ramos, A. (2003). Las mujeres en el evangelio de lucas. Revista de interpretación bíblica latinoamericana. (44), p 71-86.
- Schillebeeckx, E. (1982). Cristo y los Cristianos: Gracia y Liberación. Madrid: Ediciones Cristiandad.

Thiebaut, C. (2008). Invitación a la filosofía. Un modo de pensar el mundo y la vida. Bogotá: Siglo del hombre editores. Pontificia Universidad Javeriana.

Vila, S. Escuin, S. (1981) Nuevo diccionario bíblico ilustrado. Barcelona: Editorial Clie

Redacción Revista Dinero (20 de abril de 2017) Divorcios en Colombia aumentaron un 39% desde 2014. Revista Dinero. Recuperado de: <https://www.dinero.com/pais/articulo/matrimonios-y-divorcios-en-colombia-a-2017/244352>

Nota de prensa (22 de enero de 2018). El 1% más rico de la población mundial acaparó el 82% de la riqueza generada el año pasado. Sitio web de Oxfam internacional. Recuperado de: <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/el-1-mas-rico-de-la-poblacion-mundial-acaparo-el-82-de-la-riqueza-generada-el-ano>